



virey, y mostrarle la tierra,» como dice Las Casas. A media noche la divisaron; mas la oscuridad impidió reconocer el lugar. Sin embargo de lo atrevido de la maniobra, el almirante mandó echar la vela grande de juanete, no teniendo tampoco otro recurso para levantar á la *Niña* que sumergía la proa;» y así los guardó Dios hasta el día (1) en medio de las angustias y de la ansiedad de una noche de tribulacion y naufragio.

Llegaba el almirante á las costas de España á fines de un invierno desastroso; durante uno de esos sacudimientos de la naturaleza, que, trastornándolo todo, hacen sentir su impulso formidable del Polo al Ecuador. Al decir de la gente marinera, nunca se conoció un invierno de más siniestros marítimos, pues de cuatro meses atrás soplaban vientos asoladores. El océano Germánico estaba impracticable, y los buques padecían en los puertos, bloqueados por los temporales. Veinticinco barcos españoles perecieron en las costas de Flandes, y por todas las demas se veían esqueletos de naves é infinitos despojos.

Al amanecer, al través de la neblina, que producía la agitacion de las olas y la abundancia de espumas que se levantaba en el aire, el

(1) Las Casas, *Compendio del Diario de Colon*. Lunes 4 de Marzo.

almirante reconoció el promontorio elevado de Cintra, cerca del Tajo.

La costa de Portugal, difícil de abordar siempre que hay mar gruesa, es en extremo peligrosa con un temporal, porque ningun cabo, ninguna abertura amortigua el impulso de las olas que corren sin obstáculo, y con una violencia acrecentada por la distancia, á romperse con ruido infernal contra los peñascos. Colon, á pesar de que no pudieron acercarse las lanchas de los prácticos, se esforzó por entrar en la ria. Tampoco contaba con otro refugio. Las rocas, cubiertas con la espuma, engañaban la vista; y una fuerza irresistible arrastraba á la *Niña* á los escollos, rechazándola de la embocadura, á lo cual tambien contribuía el viento contrario y una grande avenida. Hubiérase dicho que un tenebroso poder redoblaba su furor, para impedir salvarse á la ligera carabela, haciéndola perecer casi á la entrada del puerto.

Al presentir una catástrofe, los habitantes de Cascaes, poblacion situada en el embocadero del Tajo, acudieron á la iglesia, y con cirios encendidos quedaron orando durante la mañana por las almas de los tripulantes de la *Niña*, que consideraban ya pasto del terrible elemento; y cuando con el favor del Altísimo entró Colon por el rio, el pueblo en masa acudió á la orilla considerando como milagro su salvacion de una muerte inevitable.

Colon en el Tajo resiste animosamente á las intimaciones del almirante lusitano. El pueblo de Lisboa acude á ver su carabela. El rey de Portugal lo convida á pasar á su palacio y lo colma de distinciones. Los consejeros de la corona proponen al monarca el asesinato de Colon. Niégase á ello el rey, y honra su persona. La reina, deseosa de oír sus relaciones, hace llamar tambien á Colon. Salida de la «Niña» para España.

## CAPÍTULO XVI.

Colon en el Tajo resiste animosamente á las intimaciones del almirante lusitano. El pueblo de Lisboa acude á ver su carabela. El rey de Portugal lo convida á pasar á su palacio y lo colma de distinciones. Los consejeros de la corona proponen al monarca el asesinato de Colon. Niégase á ello el rey, y honra su persona. La reina, deseosa de oír sus relaciones, hace llamar tambien á Colon. Salida de la «Niña» para España.

Á fuerza de bordadas consiguió el almirante entrarse hasta el fondeadero de Rastrello, dando gracias al Todopoderoso por haberlo apartado de riesgo tan inminente.

Despachó en seguida un correo á Castilla, para dar parte de su llegada á SS. AA., y despues escribió al rey de Portugal, que se habia retirado á su palacio de Valparaiso, huyendo de la peste, con el objeto de que le permitiera echar el ancla en Lisboa, no creyéndose seguro en un sitio como Rastrello, tan abundante en gentes capaces de venir sobre la *Niña*, á la que suponían atestada de oro, en razon á venir de las Indias, descubiertas por él; y previendo la susceptibilidad de Juan II, le insinuaba con destreza, que no habia ido hácia Guinea, sino al extremo del Asia por occidente.

Hecho lo cual, añadió una postdada á la carta que redactó en medio de la tormenta, á la altura de las Azores para Luis de Santangel, el hombre que con más ahinco sirviera á su expedicion, con fijar el ánimo de la reina, para decirle que los elementos le habian forzado á guarecerse en el Tajo, lo cual tenia por la cosa más sorprendente. Y en efecto, no iba descaminado al estar temeroso de las fronteras del monarca que lo mandó perseguir en la mar á su

partida, y cuyos agentes, violando los derechos más santos, quisieron hacerle zozobrar á su vuelta, ya que no pudieron sepultarlo vivo en el calabozo, que de antemano le habian dispuesto. Venir hoy á refugiarse en sus estados, era ponerse entre las garras del leon. El almirante conocia á punto fijo lo grave del caso; y sin embargo no podia ménos de arrostrarlo. Pero Dios, que lo salvó de los conjurados y de la furia de los elementos, velaba sobre él, y por esa causa al comprender Colon lo extraño y misterioso de la irresistible necesidad, que lo impelia á los brazos de su enemigo, no se turbó.

En el acto escribió para otro personaje de la corte, el tesorero D. Rafael Sanchez, una relacion de su viaje, que poco despues fué impresa en Roma, la cual, idéntica en el fondo, solamente difiere en el estilo de la que recibió Luis de Santángel. Adviértese en ella esa sobriedad de imágenes, y en su consecuencia esa candidez y ese vigor propios de Colon. La terminaba con un rasgo de entusiasmo propio para llegar al alma de un cristiano.

Decia:

«Todo cuanto acabo de exponer parece inaudito, extraordinario, y cosas más grandes



diría si hubiera tenido á mi disposición buques bastantes, como habria convenido. No se debe á mi mérito tan grande y vasta empresa, sino á la santa fe católica, á la piedad y á la religion de nuestros monarcas, que otorgó el Señor á los hombres, lo que la inteligencia humana no pudo concebir ni esperar, pues Dios escucha á veces las oraciones de aquellos de sus servidores que siguen sus mandamientos hasta en las cosas que parecen imposibles. Esto es lo que me ha sucedido á mí, que he conseguido la victoria en una empresa, que hasta la presente ningun mortal osó formar, porque aun cuando hubieran ya escrito ú hablado de la existencia de estas islas, todos hablaban y escribian de ellas por conjeturas y de un modo ambiguo, atendido á que, como ninguno aseguraba haberlas visto, se las reputaba por fabulosas. De consiguiente el rey, la reina, los príncipes y sus estados, de concierto con la cristiandad, den gracias á Nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha concedido una tan gran victoria. Que se hagan procesiones, que se celebren fiestas solemnes, que se cubran de flores los altares, que Jesucristo aparezca en la tierra deslumbrante de alegría, así como se regocija en los cielos, esperando las salutaciones de tantos pueblos hasta ahora entregados á la perdicion (1). Regocijémonos igualmente, tanto á causa de la exaltacion de nuestra fe, cuanto por el acrecentamiento de los bienes temporales, de los que no será sola España para recoger el fruto, sino la cristiandad toda.»

Al dia siguiente, Barlolomé Diaz, oficial de la marina portuguesa, embarcado en el navio almirante, el buque del mayor número de cañones que se conoció hasta entónces, pasó en una lancha á la *Niña* para intimar á Colon que presentase sus papeles á su jefe é hiciera su declaracion á los empleados de la aduana. A pesar de hallarse al alcance de las baterías del navio lusitano, le respondió Colon que á bordo

(1) Epistola Cristoferi Colom (cui etas nostra multum debet: de insulis in mari indice nuper inventis, etc.) ad magnificum dom. Raphaellem Sanxis, etc., quam nobilis ac litteratus vir Aliander De Cosco, ab Hispano y deomate in latinum convertit.—Roma, 1493.

de su pequeña carabela, y en calidad de almirante de los reyes de Castilla, de nada tenía que rendir cuentas á tales personas, y que no iria. Pidióle al oirlo el oficial que al menos enviase al contraestre, á lo cual replicó el virey que, enviar á uno de sus hombres era igual á ir él, que ninguno saldria de la *Niña* sino por la fuerza, y que los almirantes de Castilla sabian morir antes que entregar contra derecho á cualquiera de sus marineros.

Tan firme actitud atemorizó al oficial que, cambiando de tono, le suplicó únicamente le hiciera ver la pruebas de su calidad, para informar de ello al superior. Colon no vaciló en mostrarle su diploma, y no bien el comandante D. Alvaro de Acunha hubo recibido la relacion del oficial vino con grande aparato, al son de trompetas y timbales, á visitar al virey y ponerse á sus órdenes.

La nueva de la descubierta del nuevo mundo por un bajel, á la sazón anclado en el Tajo, corrió con la rapidez de una chispa eléctrica de un extremo á otro de Lisboa. No obstante el mal tiempo, una multitud de lanchas rodeaba á la *Niña*. No era menor la sorpresa que la curiosidad, y todos daban gracias al Señor por un suceso que su corazon les decia ser de incalculables consecuencias. La voz del pueblo era una en proclamar, que tamaña gloria recaía sobre Castilla en recompensa del celo de sus monarcas por la religion (1).

Después del pueblo tocó su vez á los grandes. Al dia siguiente, personajes de cuenta, y hasta del mismo gobierno, vinieron á la *Niña* para ver y oír las maravillas de aquel otro mundo que reputaran fabuloso. Los unos deploraban que el reyno hubiese acogido las ofertas de Colon, y los otros, bendiciendo á Dios, decian, que así premiaba la perseverancia de los piadosos soberanos de Castilla en propagar la doctrina de Jesucristo (2).

(1) «Dando gracias á Nuestro Señor, y diciendo que por la gran fe que los reyes de Castilla tenían y deseo de servir á Dios, que su alta majestad les daba todo esto.» Miércoles 6 de Marzo.

(2) «Porque SS. AA. se trabajaban y ejercitaban en el acrecentamiento de la religion de Cristo. Jueves 7 de Marzo.



El viernes 8 de Marzo vino á sancionar un mensaje del rey de Portugal los testimonios que se habian tributado espontáneamente al hombre de la Providencia. Siguiendo el soberano el impulso de sus vasallos, suplicó á Cristóbal Colon, ya que el mal tiempo lo detenía en la rada, viniese á visitarlo en su retiro; y al mismo tiempo dispuso que los factores lo proveyeran gratis de cuanto le hiciera falta, tanto á él como á sus marineros y á su buque; que los principales de su servidumbre salieran á su encuentro, y que se le preparasen en Sacamben, donde debía dormir, un magnífico alojamiento. Púsose el virey en camino acompañado de uno de sus pilotos, que hacia oficio de ayudante; pero la persistencia de la lluvia no le permitió llegar á Valparaiso hasta el otro dia por la tarde, en que hizo su entrada en medio de un lucido y numeroso acompañamiento.

La singular acogida que le dispensó don Juan II excedió á los honores tributados de antemano, pues recibéndolo como á príncipe de la sangre, lo mandó sentar y cubrir en su presencia, le manifestó la mayor consideracion, le habló con afabilidad, le dijo el contento de que estaba poseido por el éxito de aquella empresa, y concluyó por añadir que se felicitaba de ello, tanto más, cuanto que, segun un tratado concluido en Castilla en 1479, el descubrimiento y conquista de las nuevas regiones le pertenecian de derecho.

Colon le contestó que no teniendo noticia de este tratado no podia hablar de él sino inútilmente, y que sólo le prescribian sus instrucciones no ir hácia las minas de oro, ni á las costas de Guinea, cosas ámbas que se publicaron en todos los puertos de Andalucía ántes de su embarque. A lo cual replicó con donaire don Juan que este negocio se arreglaría entre los dos reyes y él, sin intervencion alguna.

Poco después confió á Colon al personaje de más elevada categoría de su corte.

El domingo por la mañana al salir de misa reanudó el rey la interrumpida plática con Colon, y le pidió detalles de su viaje. Más prodigo en preguntas que la víspera, diversificándolas como inteligente en cosmografía, y satisfaciendo su curiosidad, reconocía la grande-

za de la expedicion, y experimentaba en su interior un despecho secreto de haber dejado escapar las maravillosas regiones con que le brindara Cristóbal ántes que á Castilla. Y como tuviese dudas con respecto á las distancias y al camino seguido, y le pareciese que habian usurpado á Portugal los derechos que le garantizó la bula, expedida á ruegos del infante, convocó inmediatamente su consejo para tratar del caso.

Mientras que, conforme á su costumbre, pasaba Colon entre la meditacion y el rezo las horas del domingo, á pocos pasos de su estancia, en la sala del consejo, se agitaba la cuestion de dar al traste con el fruto de sus trabajos y de usurpar las nociones de su descubrimiento, asesinándolo. Propúsose al monarca la muerte del apóstol.

Por repugnante que sea tal pensamiento, por imposible que hoy nos parezca en el estado de nuestras costumbres, se tuvo por los cortesanos, envidiosos de la gloria extranjera, y avaros de mostrar al rey su fidelidad á los odios que le suponian. Se quisiera poder dudar de semejante infamia; pero si Colon fué tan generoso que la dejó pasar en silencio, y si su hijo don Fernando la calló, caritativo, los primeros historiadores de Portugal la consignan sin estigmatizarla.

Un escritor español, Vasconcelos, biógrafo de Juan II, resume con la mayor sencillez esta sesion del consejo real. Dudando quiso el rey, dice, oír á sus consejeros para tomar una resolucion. Algunos oradores, ignorantes de geografía, trocando las posiciones de las tierras, afirmaban que los países descubiertos por Colon pertenecian á Portugal, y eran de parecer que muriera ántes de tornar á Castilla (1), sin lo cual, de la ejecucion de su empresa, resultarian graves inconvenientes; y que en tales circunstancias lo útil se anteponía á lo honrado, tanto más cuanto que mirándolo bien, ¿no merecia el último castigo quien habia osado burlarse de tan gran príncipe?

Sabiendo lo mucho que deseó el rey acom-

(1) Vasconcelos, *Vida y acciones del rey D. Juan II*, lib. VI, fol. 293 y 294.



ter el descubrimiento, las ofertas que después hizo á Colon en carta de su mano, recordando su cólera, cuando tuvo noticia de su tratado con los españoles, las órdenes dadas á los gobernadores de islas y á los capitanes de los buques, que dieran con él en alta mar, pensaron los palaciegos agrandar al monarca, sugiriéndole una ocasion favorable á su venganza. Insinuaron que Colon no habia venido á Portugal sino para mofarse del rey, y que ostentar allí su descubrimiento era un ultraje, un crimen de lesa majestad. Un biógrafo notable, llamado García de Resende, dice, que «solicitaron del rey tuviera á bien lo matasen allí, para que con su muerte no fuera el descubrimiento á Castilla» (1), y el padre de la historia portuguesa, el célebre Joan de Barros, añade, que «varios caballeros se brindaron á servirle de asesinos» (2).

Resulta de las diversas relaciones lusitanas (3) que los cortesanos encontraban un pretexto plausible para deshacerse de Colon, ya considerando como una ofensa el placer con que detallaba al rey la importancia de la descubierta, ya valiéndose de su extremada vivacidad para provocar una querrela y desembarazarse de su persona.

Pero el rey, temeroso de Dios, rechazó tales ofrecimientos como príncipe cristiano, dice Barros. Por otra parte, su espíritu elevado y su amor á las ciencias y á la navegacion le hacian sufrir mejor que á otro de no tan alta inteligencia, el ascendiente que ejercia la presencia de Colon. Su aspecto dispó las señales de resentimiento y cólera, y prohibió con la mayor severidad cualquiera tentativa sobre su

(1) «El rey foy cometido que ouvesse por bem de lho matarem ahí, porque có sua morte ó descubrimiento naó yria mais avante de Castella.»

García de Resende, *Vida é feitos del Rey dom Joam Segundo*, cap. CLXIII.

(2) «Offereceram-se delles que ó queriam matar, é com isto se evitaria ir este homen á Castella.»—João de Barros, *Da Asia*, decada I, liv. III, cap. XI, p. 246.

(3) En su *Crónica*, manuscrita del rey Juan II, Ruy de Pina, en el capítulo LXVI, confirma tambien esta proposicion de asesinato.

húésped, mandando, por el contrario, que se le tratara con la debida consideracion.

Otros consejeros menos violentos que astutos, reconocian en principio, que habia una obligacion en los monarcas de acoger en sus puertos á los que en ellos se refugiaban; y opinaban porque se dejara salir libre al almirante; pero querian que la cuestion de la descubierta se resolviese con las armas, y que antes de que Castilla hubiera aprestado lo necesario para un segundo viaje, se tomase militarmente posesion del terreno, lo cual sería fácil guiándose por las indicaciones de los dos portugueses que venian en la carabela. Don Juan siguió este consejo, y en seguida combinó su expedicion en secreto.

El lunes se despidió Colon del rey, que le colmó de distinciones, y de cuya orden don Martin de Noroña le fué acompañando hasta gran distancia con todos los señores de la corte, para honrarlo más.

Una urgente invitacion de la reina obligó al almirante á ir al monasterio de San Antonio, donde se hallaba con las principales damas de su servicio. Mucho lo agasajó la esposa de don Juan, y muy complacida quedó con oír sus respuestas acerca de aquel Nuevo Mundo, al que deseaba llevar la ley del Evangelio. Su curiosidad lo detuvo tan largo espacio, que cuando salió para ir á reposar á Llandra estaba cerrada la noche.

Al despertar al día siguiente llegó un escudero á ofrecerle de parte de su señor, si preferia partir por tierra, acompañarlo hasta la frontera, y facilitarle por cuenta de la corona alojamiento, caballos y cuanto necesitase, presentándole al mismo tiempo una mula, que don Juan le regalaba, y otra, con veinte ducados de oro al piloto que iba con él. Pero el almirante prefirió tornar embarcado, puesto que el tiempo estaba mejor. Llegó á la *Niña* aquella misma noche, ya tarde, y al otro día, á las ocho de la mañana, mandó levar anclas, haciendo rumbo á España con N. NO.; mas como cediera la brisa, adelantó poco en la primer singladura.

Llegada de la «Niña» á Pálos.—Recibimiento hecho á Colon.—Llegada de la «Pinta» y fuga precipitada de su capitán Martín Alonso Pinzón.—Colon cumple los votos y torna á su celda.—Sale para la corte.—Su marcha triunfal.—Su entrada en Barcelona.—Acogida que le dispensa Isabel.—Eco del descubrimiento.—Testimonio de la Santa Sede en favor de Colon.—Honores tributados á su ingenio.—Del cuento del huevo.

## CAPÍTULO XVII

Beinaban á la sazón en Pálos la zozobra y el desaliento, pues no habia una familia á la cual no preocupara la suerte que hubiera podido haber á un pariente, ó á un amigo: todos temian participarse sus temores, porque los consideraban perdidos para siempre en los abismos de la *mar Tenebrosa*. Siete meses y doce dias iban trascurridos; que tambien los dias se contaban entonces, sin recibir nuevas de aquellos hijos del pueblo, que una orden de los reyes obligó á seguir al gran prometedor genoves; cuya memoria maldecian más de una madre y de una esposa en sus insomnios. Cuál fuera la suerte de los infelices sacrificados así en aras de la ambicion de un visionario extranjero, ni los alcaldes, ni el corredor marítimo Diego Prieto, bien relacionado en la corte, lo sabian.

Así estaban dispuestos los ánimos, cuando el viernes 15 de Marzo, á eso del medio dia, divisaron las gentes del puerto una carabela, que impelida por la brisa, venia montando el Odiel. Presto reconocieron en ella á la *Niña*, que traia en sus palos, además del pabellon de Castilla las banderas de la empresa. Una explosion de regocijo resonó en seguida de uno

á otro extremo del lugar, y en un instante la noticia de la vuelta de la expedicion, y de sus maravillosos descubrimientos circuló hasta la última casa. Cerráronse las tiendas, y en masa se trasladaron los moradores á la playa, y de allí en lanchas á los flancos de la nave. Repicaron á vuelo las campanas, tronó el cañon, se adornaron las ventanas con flores, y se tendieron telas por las calles. «Colon fué recibido con los honores de un rey. Acompañólo el pueblo en procesion, como tambien á su gente, á la Iglesia, donde fué á dar gracias al Todopoderoso, por haber coronado con tan feliz éxito el viaje más largo é importante que se hubiera emprendido jamas» (1). Luégo de tantas alarmas é inquietudes ¡cuál no debió ser el contento de las familias, al volver á estrechar entre sus brazos á los que ya desesperaban de ver en la tierra!

Algunas horas más tarde, mientras que la poblacion entera, trasportada de imponderable alegría, felicitaba al almirante, y con las lenguas de bronce de sus campanas, avisaba á las

(1) Robertson, *Historia de América*, t. I, lib. II, p. 143.